



DOBLE O TRIPLER acercamiento a REYES

✎ MIGUEL COVARRUBIAS

NI LA MONTAÑA NI LA MIRADA DEL HOMBRE SE ESTABILIZAN

Los signos, incluso los signos del pasado, nunca se estabilizan. Surgen, desaparecen. [...] La posteridad es pues una mentira, nada se estabiliza nunca.

ALBERTO GIACOMETTI

A partir de la fotografía real o mental, es decir, a partir del realismo más ortodoxo, Sergio Villarreal pudo disfrutar, y enseguida extender a los demás, “una visión suficiente del mundo exterior”. Luego él, como artista insatisfecho, se aceptó “libre de pintar su interior, o su inconsciente, o sus sensaciones”.

Así, las montañas son prodigiosas reuniones de piedras, tierra, arbustos, abrigo intermitente de una fauna que no advertimos ni tarde ni temprano: toda esa meticulosidad es la que no palpamos en esos enormes promontorios vislumbrados por Sergio. ¿Por qué? Porque no hay una respuesta equivalente al detallismo que a nuestro pintor hoy no se le antoja.

¿Qué quiere entonces Sergio Villarreal? *Quiere la apropiación de la realidad a través de diferentes instrumentos y técnicas.* Quiere, por ejemplo, expulsar la policromía y agobiarnos con un sol que invade el espacio celeste y avasalla al arquetipo por excelencia, a ese cerro, el de la Silla. Por lo tanto, *hay sol para rato* en la vastedad del cielo y en la tierra mensurable. Si el mundo es quemadura, quizá lo fuera porque se dora en comunión cerrada.

En las reinterpretaciones de Sergio Villarreal, Alfonso Reyes primero contempló el busto de Homero y luego tuvo las manos azules. *MonteReyes 3* surgió más tarde... y el cambio es notorio. Radicalmente nos hemos alejado del aislamiento del personaje, del escritor como único amo y señor del lienzo, hasta ascender a la audacia mayor. ¿En qué consiste? No en la superposición sino en la fusión del ser humano

y del ser mineral, a partir de un modo de subvertir y un modo de retratar ajeno a las discriminaciones más usuales. Expliquémonos. Como en *Solsticio, madre tierra*, el conjunto de tonalidades goza de, valga la contradicción, una unidad que podríamos calificar de estricta. De allí la imparcialidad —que no frivolidad— del autor. Para el personaje ilustre, para la montaña, para el cielo no teñido ya de azul, para incluso la mesa o escritorio, serán el naranja, el ocre..., lo rojizo y lo amarillo. La aplicación de estos colores sin distinción alguno, más el desmembramiento de la pieza en múltiples segmentos geométricos, le infiere a la composición su paradójico talante de remiendo y parejura simultáneos.

Nada se estabiliza nunca. Ni la montaña ni la mirada del hombre. ¿Así surgió, como de la nada, esa enhorabuena, esa *afirmación negativa*? Por lo pronto, la validación de los opuestos irreductibles figura en el producto natural, y también en el artístico, como si fuera una marca de hierro. *Ni la montaña ni la mirada del hombre se estabilizan* —repetimos una y otra vez. La mirada que descansa cada día entre pliegues y salientes del Cerro de la Silla, y las telas de Sergio Villarreal que lo representan, esfuman todos y cada uno de los demonios escépticos.

REYESREYESREYESREYESREYESALFONSOREYESREYESREYESREYESREYES

*¡Oh, mismo inagotable!
Danos siempre lo mismo.*

GABRIEL ZAID

Sergio Villarreal ha querido informar debidamente a quienes conocen o a duras penas mal conocen al escritor mexicano por excelencia llamado Alfonso Reyes. Y lo hace o pretende hacerlo valiéndose de una serie impresionante de concienzudos retratos. Porque la verdad es que no basta leer a Reyes —o a cualquiera otro en su caso. ¡Hay que mirarle a Reyes el rostro, esos pliegues que con tanta fruición la naturaleza le estampó, sobre todo cuando se acercaba a sus míticos setenta años!

Y fue el retratista Villarreal quien se ciñó a su propia disciplina. Erigió primero veinte cuadros de gran formato

y los ofreció como *Sueños de Reyes*. Tras un respiro, volvió a la carga y delineó otras veinte piezas que continúan y aflojan, al mismo tiempo, uno de los moldes preferidos del artista (por ejemplo, Reyes adelantado al Cerro de la Silla o integrado a la geometría repartida entre la masa rocosa y el propio poeta que monta incluso “en su horqueta”).

Es obvio, Sergio Villarreal no pudo conocer personalmente a Reyes. No pudo retratarlo “en vivo”. Parte entonces de una amplia galería fotográfica que se acumuló mientras el helenista alentaba en tierras del viejo continente y, por supuesto, en la ciudad del Regio Monte y en el Anáhuac de México. De aquí proviene pues el aporte plástico de nuestro pintor. A partir de esa iconografía y de la lectura minuciosa y reiterada del vasto océano de las ricas páginas

del autor de *Ifigenia cruel*. Sí, esas son las “fuentes primarias” de la serie alfonsina de Sergio Villarreal. Por lo tanto es apenas un punto de partida.

Veamos un caso de *Alfonso Reyes en la pintura de Sergio Villarreal*. El ensayista, con el codo derecho apoyado en la orilla del escritorio, mantiene la vista en un punto que pudiera serle inmediato o distante. Eso lo ignoramos. Mientras tanto, la mano y el antebrazo izquierdos se posan en una suerte de tabilla o libreta —¿en blanco? Las extremidades de Reyes lucen un entintado rojizo. Al advertir esta coloración, notamos la coincidencia: los puntos de apoyo del escritor son al mismo tiempo sustento de nuestra asimilación del retrato. Como un refuerzo de esta incipiente certeza, arriba, a la derecha, la mano zurda repite su postura y el toque bermellón. Pero nos falta detallar el otro elemento sólido del lienzo: el rostro. Un rostro totalmente concentrado en la reflexión o en la observación. Esta última disyuntiva tampoco podremos asegurarla. Lo cierto es que el rostro al centro del cuadro se nos ofrece mejor definido o más “limpio”, en contraposición del otro Reyes más sombrío o más “profundo”, como si un cierto emborronamiento lo hiciera acreedor a un mayor grado de contradictoria verosimilitud.

Siento que esta apropiación de Alfonso Reyes —la mía, no la de Sergio— se empantana en un tentaleo, en una ambigüedad que, por otra parte, vuelve al poeta más “carnal”, es decir, más entrañable. Y finalmente, con un revés que el pintor le asesta al excesivo realismo de una imagen de esta magnitud, aligera las ropas y el trasfondo, le da paso franco al aroma del boceto o del apunte. El propio Sergio Villarreal lo dejó aclarado en una breve nota: “Con frecuencia en mis obras se encuentra una parte más detallada y el resto solamente sugerido con algunos trazos, para hacer énfasis en un segmento de su figura y conducir la mirada del espectador hacia un punto determinado, creando así un ritmo del recorrido visual en cada obra.”

A punto de ser entregadas esas primeras cuarenta grandes imágenes de Reyes a la imprenta, surge otra veintena de exploraciones plásticas. Ahora el retratista y pintor utiliza materiales inusuales para así ofrecernos una cadena de semidibujos o semigrabados, “obras menores” si hacemos caso de sus dimensiones más asequibles o “íntimas”. Uno de estos



intempestivos trabajos nos señala a Alfonso y a Reyes enfrentados. Los dos superponiéndose ligeramente: más “claro” el Reyes de la derecha, más “embetunado” y oscurecido el Alfonso de la izquierda. ¿El primero apolíneo y el segundo dionisiaco? En este modelo gráfico Alfonso Reyes, con su helenismo a cuestras, podría ser aceptado como el pensador y artista que mejor honrara a las letras hispánicas o, si abriéramos más el compás, a las occidentales.

Como corolario de todo lo expuesto, dos cuadros “atípicos” pero de todas maneras alfonsinos, sin un Alfonso evidente... aunque tácito y flagrante al mismo tiempo. Observamos, en un caso, el cumplimiento de aquel deseo infantil por “cabalgar” el Cerro de la Silla. Los dos mozuelos, soberanamente instalados en la silla de montar, nos ignoran porque están volcados hacia el oriente y uno de ellos señala el nacimiento del cuerpo celeste que asume el dios Apolo. Por cierto, el realismo de las figuras se atenúa al no poderles mirar el rostro. No sabemos si el niño de la izquierda es el propio poeta ennoblecido por el resplandor solar, gozoso a más no poder. Conjeturas más, conjeturas menos, el tono rojizo nos envuelve cálidamente porque proviene del sol que acostumbraba seguir como perrillo faldero al precoz artista de la palabra.

Por último, una imagen capital —aunque diferente— nos estaba haciendo falta. La mujer, sin más aditamento que una cabellera perfectamente trenzada, sostiene al cuerpo luminoso, nutriente de la vida humana. Para un “feminófilo” tan consistente como lo fuera Reyes, nadie podría mejor que una diosa mayor soportar la trascendencia del rey de las estrellas. Sea Atenea o sea Afrodita, el cerro y la ciudad que alienta a su sombra podrán sentir que esa espalda desnuda no significará jamás olvido sino todo lo contrario. Una portadora del origen de la vida nos custodia mirando —y sosteniendo— al astro magno. ☞